



X

ALGECIRAS

1801

Convenio con Francia para declarar guerra á Portugal.—Nombra el Rey á Godoy Generalísimo de mar y tierra.—Tratado marítimo.—Planes de Bonaparte.—Se le entregan seis navíos.—Pasa la escuadra de Ferrol á Cádiz.—Campaña de Portugal pronto acabada.—Rompimiento de la liga de los neutrales por Nelson.—Fondea en Algeciras escuadra francesa.—La ataca la enemiga y contribuyen á derrotarla las baterías y las lanchas españolas.—Va en auxilio de la primera el general Moreno desde Cádiz.—Horrible catástrofe en dos de sus navíos de tres puentes al repasar el Estrecho escoltando á los franceses.—Combates en Boulogne.—Se distingue un jefe español.—Se firman en Londres preliminares de paz.—Humillación de España.—Sale parte de la escuadra de Gravina para Santo Domingo.—Se renuevan las amistades con Rusia.

SELLO del dominio adquirido por el primer Cónsul sobre el espíritu pusilánime de Carlos IV vino á ser el tratado suscripto en Madrid á 29 de Enero de 1801, obligándose á hacer guerra á sus hijos los Reyes de Portugal, con vistos y considerandos deplorables para su dignidad. Consignaban las condiciones que si S. M. F. se allanaba á suscribir convenio de paz con Francia, quedaría obligado á abandonar enteramente la alianza de Inglaterra; á abrir, por consecuencia, sus puertos á los buques de España y de Francia; á entregar á S. M. C. una ó varias de sus provincias que compusieran el cuarto de la población de sus Estados de Europa, para que sirvieran de garantía á la restitución de las islas de Trinidad, Menorca y Malta; á indemnizar á S. M. C. de los daños sufridos; á fijar definitivamente sus límites con España, y á indemni-



zar también á Francia conforme á las demandas de su Plenipotenciario.

La guerra de que se trata, decía el último de los artículos, era de tanto ó más interés para Francia que para España, pues en ella se había de ajustar la paz de la primera, y por ella se alteraría la balanza política en gran manera á favor suyo ¹.

En esta idea se inspiró el manifiesto y declaración de hostilidades publicado con fecha 27 de Febrero, documento seguido por el de designación para dirigirla del Príncipe de la Paz, con título de Generalísimo de mar y tierra; pero mientras los ejércitos se preparaban y movían, no estaban ociosos los delegados de Bonaparte, habiendo de significar al Rey de España que para dar golpe que cambiara el aspecto general de la política era indispensable que dispusiera, no solamente de los 15 navíos españoles que estaban en Brest, sino de cuantos se pudieran armar en los tres departamentos marítimos. Iba en ello el logro de sus designios contra Inglaterra y la realización de planes complicados, y venía, por consiguiente, nueva imposición traducida en seguida en otro tratado secreto suscripto en Aranjuez el 13 de Febrero por el ciudadano Luciano Bonaparte, Embajador de la República francesa, y el Príncipe de la Paz, Ministro otra vez y Generalísimo de los ejércitos de S. M. Titulábase Convenio Marítimo, mereciendo inserción íntegra en estas páginas.

«Cinco de los navíos españoles que están en Brest (decía ²) se reunirán á cinco navíos franceses y á cinco báta vos, y partirán al instante con ellos para el Brasil ó la India. Esta división la mandará un general español.

»Los otros 10 navíos españoles que están en Brest, con 10 navíos franceses y 10 báta vos, estarán prontos para amenazar á la Irlanda, ó, si llega el caso, para obrar según los planes hostiles de las potencias del Norte contra Inglaterra. Esta división la mandará un general francés.

¹ Cantillo, *Colección de Tratados*.

² Cantillo, *Colección de Tratados*.



»Cinco navíos del Ferrol y 2.000 hombres de desembarco estarán prontos para partir hacia últimos del ventoso (mediados de Marzo), y el primer Cónsul reunirá á estas dos escuadras de igual fuerza, la una francesa y la otra báltava. Esta flota partirá para reconquistar, primero la Trinidad, bajo el mando de un general español, y luego Surinám, bajo el mando de un general francés ó báltavo; conviniendo después entre sí para que los cruceros se hagan oportunamente ¹.

»El resto de las fuerzas marítimas de S. M. C. que está hoy en día en disposición de hacerse á la vela, se unirá á la escuadra francesa en el Mediterráneo, á fin de combinar sus movimientos, si se puede, con la escuadra rusa, y forzar á los ingleses á tener en el Mediterráneo el mayor número de navíos que sea posible. Se dispondrá sobre el mando de estas fuerzas cuando estén reunidas.

»Si la falta de pertrechos impide que la escuadra española de Brest entre en campaña, el primer Cónsul se obligará á proveerla de ellos en forma de empréstito.»

Tales proyectos, algunos de ellos disparatados, no pasaban por la mente de Bonaparte; su verdadero objeto, dicho queda, era apurar la condescendencia de la Corte de Madrid, tener á sus disposiciones la Armada por entero y procurar con su bulto sacudir la pesadilla inquietante del ejército de Egipto. Pruebas de ello son los requerimientos para el relevo de Mazarredo, cuya presencia se le hacía insoportable, y que recibió mandato de volver á encargarse del departamento de Cádiz ²; el que al mismo tiempo se comunicó al contraalmirante Dumanoir de venir á España, visitar los tres arsenales,

¹ En virtud de esta parte del convenio se circularon por el ministro de la Guerra D. José Antonio Caballero, con fecha 6 de Marzo de 1801, órdenes reservadas para preparar en Ferrol un cuerpo expedicionario de tres batallones, con fuerza de 2.000 hombres, artillería y tren de hospital, que al mando del general D. Francisco Javier Castaños, había de salir á mediados del mismo mes embarcado en cinco navíos; mas por otra orden del día 18 quedó sin efecto la expedición. Se han publicado los documentos en la *Revista Crítica de Historia y Literatura*. Año v, números iv y v, Abril y Mayo de 1900.

² Real orden de 18 de Febrero. En el diario de Escaño se anota que el 14 de Marzo se arrió en Brest su insignia y se arboló la del teniente general D. Federico Gravina. (Véase Apéndice núm. 1 de este capítulo.)



dar cuenta directa á París del estado de los bajeles, tratar de la ejecución del convenio del reino de Toscana, en cuya virtud se habían de entregar á Francia seis navíos, fiscalizar de paso y activar los movimientos convenientes.

De estos últimos pidió ante todo Bonaparte que fueran tres fragatas, seguidas de otros tantos navíos, á Liorna; que se situaran en Barcelona otras cuatro fragatas destinadas á comisión reservada, de que á su tiempo hablaría, y que sin pérdida de tiempo saliera la escuadra de Ferrol para Cádiz.

Seguía sirviéndose del reino arreglado para la hija predilecta de D.^a María Luisa, como de palanca con que levantar dificultades. El tratado de San Ildefonso relativo al asunto se arregló con otro nuevo confirmatorio de lo esencial en 21 de Marzo ¹, y poniendo gran empeño, *militar empeño*, en que los Infantes tomaran desde Madrid á París por camino hacia los Estados que se nombraron Etruria, los agasajó grandemente, haciéndoles servir de espectáculo al pueblo que había celebrado como fiesta hasta entonces el aniversario del degüello de Luis XVI.

No causó embarazo alguno al Gobierno la entrega de los mencionados navíos, que fueron los que llevaban nombres de *Conquistador*, *Pelayo*, *San Fenaro*, *San Antonio*, *Intrépido* y *Atlante*, los dos primeros de la escuadra de Brest, los demás de la de Cádiz; en lo otro era mucho el apuro en que ponía el estado del Erario. Debíanse á todas las clases del departamento de Ferrol diez y ocho mensualidades de paga. ¿Cómo se había de despachar la escuadra? Se hizo, no obstante, en el mes de Abril. ¡Así salió ella! Para armar las fragatas recomendadas con destino á Liorna y Barcelona no hubo medios.

El primer Cónsul conferenció en París con Gravina, que, más flexible que Mazarredo, razonó, sin embargo, contra las ideas irrealizables que le ocurrían, sirviendo para convencerle el intento tres veces repetido por el contraalmirante Ganteaume de auxiliar á las tropas de Egipto.

¹ Cantillo, *Colección de Tratados*.



Mientras en la mar pasaban las ocurrencias referidas, había dado principio la campaña de Portugal, pasando el Generalísimo la frontera por Badajoz é internándose sin resistencia de consideración. Antes de un mes (el 6 de Junio) se celebraba armisticio, convertido seguidamente en tratado de paz, estipulando que el Príncipe Regente cerraría los puertos de sus dominios á los navíos de la Gran Bretaña y que S. M. C., restituyendo las plazas y poblaciones ocupadas, conservaría en calidad de conquista, para unirla perpetuamente á sus dominios, la plaza de Olivenza, su territorio y pueblos desde el Guadiana, de suerte que este río fuera el límite de los respectivos reinos en aquella parte. Se obligaba, por lo demás, á garantir á S. A. R. la conservación íntegra de sus Estados y dominios sin la menor excepción ó reserva ¹.

Del resultado se manifestó la Corte altamente satisfecha, apreciando los servicios y la capacidad del Generalísimo en tanto grado, que se le encargó de dar organización á su gusto al ramo militar de mar y guerra ², contrariamente al juicio de Bonaparte, enojado, no por la imbecilidad del Rey ³, sino porque, acelerando la paz, sin hacer caso de sus recomendaciones ni de los compromisos adquiridos, soltara las provincias portuguesas que habian de servir de prenda para obtener mejores condiciones de paz con Inglaterra. Al fin España vino á pagarlo, teniendo que oír por de pronto groseras amenazas.

La Gran Bretaña alcanzó ventaja indirecta que agregar á varias más no calculadas; la muerte violenta del czar Pablo I, entre ellas (23 de Marzo), que quebrantó la liga de las potencias del Norte, falta de su cabeza é impulso; la entrada inme-

¹ Firmado en Badajoz el 6 de Junio de 1801. — Cantillo, *Colección de Tratados*

² Decreto pomposo de 6 de Agosto.

³ «Carlos IV, pensaba Muriel, obró por los sentimientos que tenía hacia su familia, y por ellos hubiera merecido el título de buen padre; mas no podrá en ninguna manera el de soberano prudente é ilustrado sobre sus intereses. Puesto que se veía obligado á hacer tantos y tan costosos sacrificios por su alianza con la República francesa, hubiera sido conveniente aprovecharse de la buena ocasión que se le venía, por decirlo así, á la mano para resarcirse de sus pérdidas y contra-tiempos, prefiriendo los intereses de su pueblo á los afectos de familia.»



diata de escuadra en el Báltico, con intimación de desarme á las fuerzas reunidas en Copenhague; el combate en que Nelson las deshizo, consiguiendo uno de sus mayores triunfos (2 de Abril), y afirmando la preponderancia naval de su nación; los de Algeciras y estrecho de Gibraltar, á que llega la vez.

Había salido de Tolón el contraalmirante francés Linois con tres navíos y una fragata, comisionado para unirse en Cádiz con los entregados á Dumanoir por nuestro Gobierno, y con los de la escuadra de Ferrol. Al llegar al Estrecho recibió aviso de la presencia del almirante inglés sir James Saumarez, con siete navíos y una fragata, y siendo prudente evitar el encuentro, entró en la bahía de Algeciras el 4 de Julio, fondeando en línea cerca de la ciudad, entre la isla Verde, defendida por siete piezas de á 24, al Sur, y la batería de Santiago, armada con cinco cañones de á 18, al Norte. Inmediata á la isla se acoderó la fragata *Muirón*, siguiendo el navío *Indomptable*, de 80; el *Desaix*, de 74, y el *Formidable*, de 80 también. Dos presas inglesas, hechas durante el viaje, se arrimaron más á tierra.

Siendo de temer de un momento á otro la aparición de la escuadra enemiga, se avistó Linois con las autoridades españolas, las que, asegurándole de la protección de las baterías de la costa, pusieron además á sus órdenes siete lanchas cañoneras, que se colocaron en ambos extremos de la línea ¹. En efecto, el día siguiente se vieron los navíos ingleses al montar la Punta Carnero, entrando desde el Océano, y avanzaron en línea lentamente, impelidos por ventolina floja. Llevaban anclotes preparados en las popas, indicación del propósito de acoderarse también y aun de imitar la maniobra de Nelson en Abukir, doblando la línea francesa y poniéndola entre dos fuegos, lo cual trató de evitar á toda costa Linois picando las amarras y dejando á sus tres navíos arrimarse á la playa hasta tocar con las quillas en el fondo.

¹ Eran las señaladas con los números 2, 3, 4, 7, 8, 12 y 13, y las mandaban don Adrián Valcárcel, D. Francisco Birmingham, D. Rafael Domínguez, D. José de la Puente, D. Bernardo Rojas y D. Nicolás Abreu.



Serian las nueve de la mañana al aproximarse el primer navio inglés y romper el fuego, contestado desde las baterías de tierra, las lanchas cañoneras y los bajeles franceses. Aquél y los dos que le seguían dejaron caer sus anclas casi á toca-penoles, mientras los otros remontaban con la idea indicada¹, sucediendo que el *Hannibal* varó frente á la batería de Santiago, recibiendo en mala disposición de defensa el fuego de aquélla, de la torre del Almirante y de las cañoneras, con tan desastroso efecto, que tuvo que arriar la bandera.

Los cinco compañeros batieron con la rapidez y ardor de costumbre á la línea francesa, que con no menos vigor mantuvo el puesto, segura ya de no ser atacada más que por la banda de estribor. El *Pompée* había varado cerca de la isla Verde al intentar hacer por el Sur lo mismo que el *Hannibal* por el Norte; recibió asimismo considerable daño, y hubieron de sacarlo á remolque los botes de la escuadra, llevándolo á Gibraltar, sin lo cual tuviera la suerte misma que el citado. Quedaron, pues, cuatro britanos contra los tres franceses, disparando á cual más las andanadas, que, á tan corta distancia, con la inmovilidad de mar y viento, producían espantoso estrago. Pelea tal no podía prolongarse mucho; cesó á las doce y media, retirándose los ingleses á su inmediato puerto de Gibraltar con bastante trabajo, por tener todos ellos la arboladura destrozada, los botes hechos pedazos y los cascos nada sanos. Por lo que dicen sus propias relaciones, el *Cæsar*, navio de la insignia de Saumarez, recibió en el palo mayor cinco balazos y uno ó más en los otros dos palos y vergas; el *Pompée* sufrió más: ni palo, ni mastelero, ni verga le quedó útil: salvándose, gracias á las embarcaciones menores que acudieron de Gibraltar y le diéron remolque; entre todos tuvieron 135 muertos y 240 heridos.

No padecieron menos en casco y aparejo los buques franceses, y, por su confesión asimismo, contaron 200 muertos y 300 heridos, comprendiendo entre los primeros á los coman-

¹ Eran los navios ingleses *Cæsar*, insignia, de 80; *Pompée*, *Spencer*, *Venerable*, *Hannibal* y *Audacious*, de 74, y fragata *Thames*, de 40.



dantes del *Indomptable* y del *Formidable*. Por parte de España fueron echadas á fondo cinco de las siete cañoneras: las numeradas 2, 4, 8, 12 y 13; murió el alférez de navío don Jerónimo Lobatón, con tres patrones y dos marineros; resultaron nueve de éstos heridos, así como varios de los sirvientes de las baterías de la costa. También padeció la población de Algeciras, á la que dirigieron sus tiros los bajeles ingleses en los momentos en que no lo hacían á los enemigos ¹.

Comprometida, aunque victoriosa, quedaba la escuadra de Linois en Algeciras, no habiendo en la población elementos con que reemplazar la arboladura deteriorada, al paso que Saumarez, á cuya fuerza se había unido el navío *Superb*, tenía á su disposición un arsenal surtido. Daba prisa, por tanto, el primero para que desde Cádiz se le auxiliara, como se hizo, dando la vela el general Moreno con cinco navíos y una fragata, á que se unieron otro navío, dos fragatas y un bergantín franceses al mando de Mr. Le Roy ². Todos surgieron en Algeciras el 9 de Julio, y Moreno instó á Linois para seguirle inmediatamente, lo que no pudo hacerse por el mucho trabajo requerido para habilitar al *Hannibal*, rendido, que por trofeo deseaba llevar consigo el almirante francés. Hiciéronse á la mar el 12 en línea de combate, mas la presa, remolcada por la fragata *L'Indienne*, retardaba tanto la mar-

¹ Véase el Apéndice á este capítulo.

² ESPAÑOLES

NOMBRES.	CANONES.	COMANDANTES.
<i>Real Carlos</i>	112	D. J. Ezquerra.
<i>San Hermenegildo</i>	112	D. J. Emparan.
<i>San Fernando</i>	94	D. J. Molina.
<i>Argonauta</i>	74	D. J. Herrera.
<i>San Agustín</i>	74	D. R. Topete.
<i>Sabina</i>	34	
FRANCESES		
<i>Saint-Antoine</i>	74	Mr. Le Roy.
<i>Liberté</i>	44	Mr. Proteau.
<i>Indienne</i>	44	Mr. Bourdet.
<i>Vautour</i>	14	Mr. Kémel.



cha, que se decidió volviera al fondeadero y que sin ella se hiciera la travesía. El viento del Este, favorable, calmó por la tarde, de forma que no pudo la escuadra doblar la Punta Carnero y entrar en el Estrecho hasta el anochecer, á tiempo de advertir todavía que se ponían á la vela en Gibraltar cinco navíos y cuatro fragatas de la escuadra de Saumarez.

Refiere un escritor de su nación ¹ que el día 9, cuando entró en la bahía la escuadra española, cuatro de los dichos cinco navíos estaban en reparación de las averías sufridas en el combate de Algeciras, además del *Pompée*, que había quedado inútil. De éste se sacó la gente para repartirla entre los demás, resuelto el Almirante á salir del puerto con cuatro, porque del *Cæsar*, que tuvo la insignia, se habían sacado los palos para reemplazarlos, y era, por encima, demasiada la obra del casco para pensar en acabarla á tiempo. En esta idea ordenó Saumarez trasladar su bandera al *Audacious*, pero apenado el comandante y la tripulación toda de no acompañarle en el desquite de la refriega anterior, le rogaron les consintiera trabajar á su gusto, sin dejarlos hasta el último momento, lo que él otorgó. El día 8 arbolaron los palos machos y empezaron á encapillar la jarcia; durante el día asistían todos á la faena; durante la noche por mitad, y habiendo reinstalado en los pañoles la pólvora y los cargos, al anochecer el 12 levaba las anclas el *Cæsar*, arbolando, como antes, el distintivo del jefe de la escuadra. Brillante alarde de marinería y envidiable espíritu en los que, de alto á bajo, teniendo justificada causa para estarse quedos, con ímproba labor y espontáneo arranque querían hacer patente á su país y al mundo que, derrotados seis contra tres, no perdían ocasión de volver á probar la fortuna cinco contra nueve.

Estando en el Estrecho la escuadra aliada y la del enemigo á la vista, pasó el general Moreno su insignia á la fragata *Sabina*, cumpliendo ordenanza copiada de la de Francia. El almirante Linois embarcó en la misma fragata, que tomó la cabeza, navegando con los bolsos de las gavias solamente,

¹ El capitán Edward Brenton.



porque los navíos franceses caminaban muy poco con las bandolas improvisadas en Algeciras. Iban á vanguardia los tres, en línea de frente, con fragatas en los flancos, y cerraban la retaguardia, en línea igual, el *Real Carlos* á la derecha, el *San Hermenegildo* en medio, y el *Saint-Antoine*, con bandera francesa; *San Antonio*, antes de entregarse por España.

Á las once y media de la noche, que era muy oscura, habiendo aumentado el viento de Levante, alcanzó á la cola el navío inglés *Superb*, y descargó sus baterías de babor sobre el *Real Carlos*. Algunos de los proyectiles dieron en el *San Hermenegildo*, que se creyó atacado por su compañero, y respondiendo prestamente, se cañonearon con furor, aproximándose uno al otro hasta tocarse y lanzar granadas de mano y frascos de fuego. Reconocióse el funesto error cuando las llamas en el *Real Carlos* iluminaron el espacio, y entonces dejaron de disparar para acudir al incendio; pero en ambos navíos tomó incremento invencible. Uno en pos de otro, volaron á la media noche, sin que se hayan sabido pormenores. De 2.000 hombres que componían las tripulaciones, de ellos 61 jefes, oficiales y guardias marinas, algunos se recogieron en los bajeles españoles más próximos; dos oficiales y 36 hombres de mar salvó el *Superb*, y hasta 262 del *San Hermenegildo* llegaron á nado al *Saint-Antoine*, á tiempo que, batido por el mismo *Superb* y sucesivamente por el *César*, *Venerable* y fragata *Thames*, tenía que rendirse ¹.

Al amanecer el 13 se notó en la escuadra la falta de los tres navíos de la retaguardia, sin poder formar juicio de la lastimosa tragedia en que acabaron. Había calmado el viento al salir el sol, y hallábanse los bajeles al Oeste de Sancti Petri, sobre cuyo castillo quedaba atrasado el francés *Formidable*. No tardaron en atacarle el *Venerable*, inglés, á tiro de

¹ Del *Real Carlos* se salvaron en su falúa unos 40 hombres con el guardia marina D. Manuel Fernández Flores, que llegaron á Cádiz en la tarde del 13, medio desnudos y fatigados de los trabajos que pasaron. También se libraron seis ó siete marineros en el chinchorro del propio navío, y éstos sacaron del agua al segundo comandante del *San Hermenegildo*, capitán de fragata D. Francisco Vizcarrondo, y á un patrón que, asido á los fragmentos de la arboladura, iba arrastrado por la corriente hacia Tánger.



mosquete, y la fragata *Thames*, con poca fortuna, pues quedó el primero desarbolado de los masteleros á poco rato, y varó en el arrecife próximo. A salvarlo llegaron oportunamente los compañeros *Cæsar* y *Spencer*, de la escuadra de Saumarez, mientras los de la hispano-francesa entraban en Cádiz, después de verificarlo el repetido *Formidable*.

Ninguna otra operación naval se meditó por este lado. Obligado el ejército francés de Egipto á capitular, conformándose con la condición de salir del país, á cambio de la de ser conducido al suyo con banderas, armas y bagajes á costa de Inglaterra, tomaron otro giro las ideas de Bonaparte, fijándose en las de amenaza perpetua de invasión con medios parecidos á los que hubo de usar Alejandro Farnesio en 1588; esto es, con armadillas de barcazas que pudieran atravesar el canal de la Mancha, en circunstancias de calma ó niebla, y poner en tierra, al otro lado, 40 ó 50.000 hombres de un golpe. Para ello se habían ido construyendo y juntando las embarcaciones especiales (*bateaux plats*) en el puerto de Boulogne y los inmediatos, al tiempo mismo en que se establecía campo de ejército.

El primer Cónsul alcanzó, con los preparativos que hacía en gran escala, buena parte de su propósito; el recelo que en principio despertaron se fué transformando en intranquilidad y en temor suficientemente acentuado para paralizar los negocios, que instó al Gobierno de la Gran Bretaña á calmar los espíritus, encargando á lord Nelson el mando de las fuerzas de defensa ¹; mas como el genio de este Almirante se acomodaba más á la ofensiva, avanzó sus bajeles sobre la costa de Francia, con propósito de destruir por partes la flotilla antes de que pudiera reunirse en Boulogne, intento que produjo escaramuzas y combates parciales, siendo notable el de una división de seis cañoneras que el enemigo tenía bloqueadas

¹ «The preparations, exaggerated as they were by the French journals spread no slight degree of alarm on the shores of England, and caused corresponding preparations, in the defensive way, to be made by the British government. Among other measures taken to calm the public mind was the appointment of Vice-admiral Lord Nelson to the chief command of the defense.»—James.



en Calés, y que hicieron la travesía la noche del 28 de Julio, defendiéndose del fuego de dos navíos, dos fragatas y 12 bergantines ¹.

El 2 de Agosto salió Nelson de la rada de Deal con tres navíos, dos fragatas, bergantines, bombardas y brulotes, en número total de 400 velas, dirigiendo en persona acción de más consecuencia. Pensaba abrasar la escuadrilla apiñada en Boulogne, en la inteligencia de que su mismo número y disposición estorbaría á la defensa. Se aproximó también de noche; mas, lejos de sorprender, se encontró sorprendido al ver fuera del puerto una línea avanzada de seis bergantines, dos goletas, 20 lanchas cañoneras y no pocos de los *bateaux plats* dispuestos como baterías flotantes. Contrariado en el plan, fondeó fuera de tiro para reconocer despacio la posición; hecho lo cual, en la amanecida del 4 situó sus bombardas de manera que no pudieran ofenderlas las baterías de la boca del puerto, y rompió el fuego, echando á fondo tres barcones y un bergantín, al decir de los escritores ingleses, con lo que no están conformes los del otro lado, que cantaron victoria, afirmando no haber hecho las 900 ó 1.000 bombas lanzadas sobre la escuadrilla más daño que averiar á una barcaza y á un bergantín, prontamente compuestos. En lo que no cabe duda es en haber fracasado el proyecto del gran Almirante, que tuvo que retirar todo su material incendiario.

Volvió á la carga en la noche del 15 con cinco divisiones de lanchas y botes, una de las cuales había de ocuparse en aplicar los artificios de fuego, en tanto que las otras cuatro abordaban á las embarcaciones de la línea exterior, lo cual hicieron con ímpetu y arrojo; pero con no menor vigor los recibieron los franceses, poniéndoles segunda vez en retirada, que fué definitiva. Las bajas personales de una y otra parte no estuvieron en proporción del fuego de artillería y de fusil, malgastado, como generalmente sucede, en las funciones nocturnas.

¹ Refiere M. Guérin que iban mandadas las lanchas por el capitán de fragata *Mivatés*, ayudante del contraalmirante La Touche Treville, que cumplió perfectamente la comisión. Pronto veremos quién era este jefe.



Del diario de D. Antonio de Escaño, Mayor general de la escuadra estacionada en Brest, copio á la letra:

«Se disponía en Boulogne una armadilla sutil para amenazar un desembarco en la Gran Bretaña. El mando de esta fuerza se confió al contraalmirante Latouche Treville, que pidió maestranza española para hacer las lanchas como las nuestras, y se le envió un capataz y ocho hombres. También pidió se le permitiera tener de ayudante al capitán de fragata Miralles, el que dió ideas de esta clase de guerra, y les formó varias divisiones de lanchas y de botes, dirigiendo los ataques para rechazar los del contraalmirante Nelson, causándole graves pérdidas cuando intentó destruir aquella fuerza sutil.»

Miralles había sido jefe de una de las divisiones organizadas en Cádiz por el general Mazarredo, y, muy experto en este género de combates, de los que más contribuyeron á impedir el bombardeo por Nelson; de modo que no se encontraba ahora por vez primera frente al Almirante inglés. Sin dificultad se entenderá no ser otro el capitán de fragata *Miratès*, ayudante de Latouche Treville, elogiado por M. Guérin.

En el estado de los ánimos que producía el cansancio de la guerra pesó el suceso de Boulogne, conspirando en favor de la inteligencia de los negociadores de su fin.

Entabladas las conferencias con el mayor secreto, concluyóse el 1.º de Octubre tratado provisional, nombrado de Preliminares de Londres, en que se estipuló la devolución de las conquistas, exceptuando á la isla de Trinidad.

Vivo dolor sintió el rey Carlos IV por el abandono de sus intereses, cuando se creía acreedor á las mayores consideraciones por parte del jefe de la nación, cuya alianza tantos sacrificios le había causado. «La marina de España, decía, fué armada, mantenida, aumentada y puesta, por decirlo así, á disposición de la Francia en fuerza superior á la que prescriben los tratados, á pesar de las fatales consecuencias que podían resultar, y con efecto han resultado, á la conservación y defensa de los Estados de S. M. ¹ Dividió las atenciones hos-

¹ Carta del ministro Ceballos al embajador Azara, fechada en 14 de Octubre.—Muriel.



tiles de la Inglaterra; puso á las costas de Francia al abrigo de todo ataque, por más que la España quedase sin medios de resistir á las tentativas de Inglaterra contra las costas de Galicia é islas Canarias, pues si pudieron librarse de la irrupción británica, debido fué esto al valor y fidelidad de sus tropas. Si estas fuerzas hubieran servido á las órdenes de España y en defensa de sus intereses, hubiera el reino recobrado las islas de Mahón y Trinidad; hubiera remediado los apuros de su Real hacienda y mantenido las posibles relaciones comerciales en tiempo de guerra por la protección de sus fuerzas marítimas.

»Tantos sacrificios hechos por España; tal constancia, lealtad y firmeza en el sistema de su alianza con Francia en medio de las convulsiones y riesgos de la República por sus querellas con las principales potencias de Europa; la guerra declarada por la Rusia á la España, sin otro motivo más que la amistad con la Francia; la interrupción de las relaciones políticas con la Puerta Otomana, sin más causa que la misma amistad; tantos sacrificios, digo, tan costosas pruebas de buena correspondencia ¿han podido ser olvidadas por la Francia en el crítico momento de acreditar su gratitud á la España? ¿Es posible que cuando toda Europa está asombrada de la lealtad incomparable del Gobierno español, haya de ver tal olvido de sus intereses por parte de su aliado!»

Estériles lamentos: Bonaparte echaba en cara á su vez al Gobierno no haber ocupado la parte septentrional de Portugal, que hubiera servido de gaje á la compensación; é hizo más: mandando salir de los puertos de la República una expedición contra los negros de la isla de Santo Domingo, alzados contra los blancos, de acuerdo con Inglaterra, exigió se unieran cinco navíos españoles de los de Brest, contestando á las observaciones de la Corte de haber cesado toda obligación suya una vez firmados los preliminares de la paz, con la insolente amenaza de detener con esos cinco navíos todos los demás surtos en Brest ¹. Carlos IV no supo sus-

¹ En despacho de 30 de Octubre dirigido á su Ministro, para comunicarlo al embajador Azara, decía Bonaparte: «Le haréis decir que, según los tratados, deben



traerse al imperioso mandato: ¿cómo había de atreverse á tanto, cuando, torpe, vergonzosa é inconcebiblemente, acababa de hacer abdicación del poder, de las prerrogativas y honores de la soberanía, ratificando en favor de D. Manuel Godoy el nombramiento de Generalísimo de las armas de mar y tierra con autoridad nunca delegada ¹?

Salió, pues, el 14 de Diciembre del puerto de Brest, con rumbo á las Antillas, el teniente general D. Federico Gravina, con cinco navíos, una fragata y un bergantín ², dejando el resto á cargo de D. Antonio de Córdoba, con título de escuadra de observación, por ser Gravina más graduado que el almirante Villaret-Joyeuse, jefe de la expedición. Navegó con independencia de las divisiones organizadas en el mismo puerto de Brest y en los de Rochefort, Lorient, Havre, Flessingue y Tolón, que sumaban 33 navíos de línea, 21 fragatas y considerable número de transportes con 10.500 soldados, debiendo dirigirse al cabo Samaná, en la isla de Santo Domingo, punto de reunión general. Gravina hizo el viaje desde Ferrrol en diez y nueve días; las otras divisiones emplearon bastantes más, y nos dan tiempo para consignar suceso que no debe quedar retrasado; el de renovación de amistades con Rusia por medio de convenio firmado en París el 4 de Octubre ³.

Los navíos servirnos: que los haré marchar por fuerza y que no olvidaré esa prueba de mala voluntad por parte del Ministerio....., y decidle que se expone, ni más ni menos, á que me apodere de toda la escuadra, porque, en fin, estoy cansado de habérmelas con un Gabinete tan imbécil.»—Gómez de Arteche, t. II, pág. 329.

¹ Decreto dado á 10 de Octubre.—Gómez de Arteche, t. II, pág. 341.

² Eran:

BUQUES.	NOMBRES.	COMANDANTES.
Navío.	<i>Neptuno</i> , insignia.....	D. Cayetano Valdés.
»	<i>Guerrero</i>	» Vicente Julián.
»	<i>San Francisco de Paula</i>	» Agustín Figueroa.
»	<i>San Pablo</i>	» Bernardo Muñoz.
»	<i>San Francisco de Asís</i>	» José Meléndez.
Fragata.	<i>Soledad</i>	» José de Quesada.
Bergantín.	<i>Vigilante</i>	» Diego Butrón.

³ Cantillo, *Colección de Tratados*.



APÉNDICES AL CAPÍTULO X

NÚMERO 1

Informe del general D. José de Mazarredo sobre su misión diplomática en París y sus ideas de restauración de la Armada.

Señor: Quiere V. M., según me ha prevenido de su real orden el primer secretario de Estado D. Pedro Cevallos, que ponga por escrito en su real consideración aquellas especies de que me había propuesto hablar á V. M., relativas á la conducta de los franceses en lo que he tenido que tratar con ellos, á la Marina y á la nuestra. Lo cumpliré, procurando no incurrir en molestia, porque para la penetración de V. M. basta la indicación de las materias.

Me autorizó V. M. con su plenipotencia en tiempo del Directorio ó Gobierno precedente de la Francia, para que acordase cualquier operaciones navales, sin que la ejecución padeciese retardo por la distancia entre las dos Cortes para las convenciones.

En aquel tiempo, en primera y única conferencia, promovieron una idea de desembarco en Inglaterra tan al aire y sin plan, que no pude dejar de imaginarme que el objeto era sólo hacerme creer haber sido aquél el de la combinación de las escuadras y venida de la nuestra á Brest. Unas ligeras reflexiones mías sobre los principios y medios para tal empresa, y que no los veía, pero por si me engañaba se extendiese plan que los especificase, bastó á desbaratar esta ficción primera, de que no volvió á hablarse más. Hízose la revolución de Gobierno, y dándome á conocer desde luego en mi comisión á Bonaparte, aunque aparentaba oír mis planes, eludía el acordar sobre ellos, dándoles largas, primero, con los trabajos que le distraían para la traza de la nueva Constitución, después con las ridículas quejas que produjo de que V. M. le era personalmente desafecto y obraba de mala fe en la alianza, y después con las inquietudes de los departamentos del Oeste en aquella época de fines del 99, que impedían el que se pudiera pensar en operaciones de mar hasta sosegarlos, cuando al propio tiempo disponía el apresto de 14 navíos con grandes acopios de víveres para Malta. Aunque fuesen tan extravagantes é infundadas las quejas citadas, no por eso pude excusar la extensión de las prolijas demostraciones que vió V. M. de los enormes sacrificios de los inte-



reses propios que V. M. había hecho desde el principio de la alianza, aplicando todos sus medios y esfuerzos á favor de sola la conveniencia y utilidad de la Francia. Ganado en estas discusiones el tiempo que le acomodaba, cuando ya tuvo listos los 14 navíos, aparentó quedar satisfecho del leal y generoso procedimiento de V. M., dirigiendo sus miras á la nueva ventaja, propia sólo suya, de que la escuadra de V. M. favoreciese la partida de aquellos navíos, aunque quedase sacrificada después en el crucero con fuerzas superiores enemigas, si no apelaba al medio de seguir hasta Cádiz, en que tenía el Cónsul el doble fin de que, una vez la escuadra de V. M. en aquellos mares, tal vez conseguiría arrastrarla hasta Malta ó más allá, objeto único en sus miras que compensase el privarse de su mansión en Brest. No tuvo efecto aquella operación ni otra de siete navíos que disponían simultáneamente para América desde Febrero de 1800, porque lo impidió el constante bloqueo superior de los enemigos; y se siguió que desarmasen navíos y hasta despidiesen gran parte de tripulaciones, dejando medio equipados no más de 11 de aquéllos, de hasta 30 que tenían, y haciendo pasar á varios campos del interior alguna tropa de Marina y la más de la artillería de ella, exigiendo y haciéndose preciso que la de la escuadra de V. M. se encargase del mayor peso de la guarnición de la plaza y del de los campamentos que se mantuvieron todo el verano en dos puntos de la salida de la rada, por el recelo de algún intento de desembarco ó ataque de los enemigos. No cesaba yo de oficiar conforme á las órdenes de V. M. sobre mi preparación para trasladar la escuadra de mi cargo á nuestros puertos, y cada paso mío les causaba un escándalo con mil aspavientos, de que sería de notar desacuerdo en el punto de estarse en negociaciones de paz ó para entrar en ellas, cuando lo que importaba era no desmembrar fuerzas, y al mismo tiempo disponían para el Egipto la expedición de siete navíos y dos fragatas al cargo del contraalmirante Ganthaume, que salió cuatro meses después sin habernos dado el menor conocimiento de ello. En una palabra, señor, mis esfuerzos en mis muchas propuestas siempre se fijaron en que la combinación era inútil en Brest y debía trasladarme á Cádiz, demostrando largamente la imposibilidad de los enemigos de bloquearla con superioridad, sino momentáneamente, y los mayores embarazos que se les causarían para bloquearla á tanta distancia de su metrópoli; la dominación que nos quedaría de los mares de Mediodía y la posibilidad consiguiente de que emprendiésemos la reconquista de Menorca y de proporcionar el socorro de Malta ó hacer otra cualquier operación hasta las Antillas que nos fuese conveniente, siempre que nos anticipásemos con oportunidad á tenerla verificada antes de ser alcanzados por fuerzas mayores, con que indefectiblemente acudi-



ría el enemigo á cualquier paraje á que fuésemos. Pero siempre fueron vanos mis consejos de que entendiesen un principio de tan evidentes ventajas á la causa común y se prestasen á él; y constantemente sólo se condujeron por su interés particular de no hacer los gastos de sus faenas en Cádiz y mantenernos en los de los nuestros en Brest, al paso mismo que pudiese proporcionarse de aquí alguna expedición únicamente de su causa peculiar. Tal ha sido el contraste de conducta; y si yo no hubiese estado tan despierto contra las pretensiones de más desembarco de tropa para guarnecer la plaza, y de tropa y marinería para líneas de campamentos y de lanchas y botes para apostaderos exteriores y surtimientos de víveres para las tropas francesas de aquellas líneas, aseguro en mi honor y verdad á V. M. que la escuadra se hubiera desvanecido poco menos que como el humo al viento para el mes de Octubre último. Sin duda que no era éste su fin; pero la voluntad y fuerza de genio de Bonaparte y su ignorancia en materias de Marina, en lo que es un navío y una escuadra, en lo que constituye su conservación ó dura y en lo que puede y no puede con relación á los medios del enemigo, hubieran producido aquel triste resultado. No podía negarme la consideración exterior ó aparente que me era debida; pero yo conocía muy bien que le incomodaba el no poder conmigo y que nunca me comunicaría sus planes exponiéndolos á mi examen, que los deslindaría bajo los principios y reglas del arte pesando el valor de todos los medios, según mi obligación, y así no he extrañado lo que *naturalmente habrá sucedido de que insinuase á V. M. no ser yo necesario allí y poderse emplear en otra parte con más ventajas, para de esta forma indicar con más libertad las divisiones de fuerzas, y que la combinación del cuerpo principal de ellas esté al mando de un general francés.*

No debo, señor, ni puedo ocultarlo á V. M.; aun careciendo de los elementos del conocimiento de fuerzas holandesas con que cuenta Bonaparte, sus planes y disposiciones adolecerán de la falta de nociones marinas, unida al fuego de su ánimo de conquistador y guerrero afortunado, á quien la lisonja de que la audacia es ayudada de la fortuna le hace imaginar que basta querer para conseguir en las cosas de mar como en las de tierra, y que el unirse el Texel á Brest, el llevar parte de Brest á Rochefort y el figurar desde Rochefort con una división, no tiene más dificultad que el pasar un cuerpo de tropas el monte de San Bernardo embaazado de nieves, ni se diferencia de la separación de otro para enmascarar al enemigo, al objeto verdadero de la empresa; al paso de que contra su misma práctica y conocimiento de lo que son combinaciones en tierra, desatienda la reflexión de que, por ejemplo, *quince de tres leguas en la*



mar no pueden valer por diez de una sola ¹. Y así me temo mucho que tal concepto acarree resultas de gran pesar; bien que lo más probable es que la superioridad del enemigo impedirá todo movimiento, frustrando tales disposiciones, y se evitará la ruina de las reliquias de las dos Marinas, para fundar sobre ellas á la par su restauración, como necesitan una y otra potencia.

He expuesto, señor, á V. M. brevísimamente cómo se ha conducido el Gobierno francés acerca de la combinación de nuestras fuerzas navales con las suyas, deduciéndose también de lo dicho lo poco ó nada que cabe lisonjearse puedan hacer en esta guerra; siendo en mi juicio la mayor fortuna el que se conserven cual ahora, para separarse á la cesación de aquélla. Voy á pasar á los otros dos puntos:

La población de las costas de la Francia, el sobrante de varios de sus frutos y su industria, anuncian que un solo decenio puede facilitarla una grande navegación mercantil. Su emulación á la Inglaterra la hará anhelar el competirle en Marina militar; su ilustración no puede omitir los reglamentos oportunos para la buena gobernación, y aun cuando se acumulen errores en esto, no hay que dudar que á los diez años de paz tendrá la Francia una fuerza muy respetable de mar; y que esta aliada natural de la España, si no nos fuese madrastra, por otra parte, asegurará nuestras vastas dominaciones ultramarinas contra las ideas del enemigo común.

No es así, señor, de la disposición de España para un establecimiento tan pronto de su Marina y para asegurar su duración. Los esfuerzos de V. M., la mayor aplicación de fondos que el empeño de V. M. quiera hacer á la construcción de navíos, fragatas y otros buques, aumentará, sí, el bulto de las fuerzas navales; pero éstas no lo serán verdaderas sino en razón de lo que pueda armar y mantener armado. Las costas septentrionales de la Península, aunque pobladas, no tienen frutos de exportación; en una gran parte de las meridionales, como las de Granada y Murcia, hay suma despoblación; entre Málaga y Alicante, espacio de más de 70 leguas, apenas se encuentran dos propietarios de bergantines, y toda la navegación mercantil de la nación fuera de costas en los años más floridos, que los fueron los del 81 al 92, no empleaba más de 5.800 marineros, reducida la ocupación del resto de la matrícula á una pobre pesca de consumo en fresco, á excepción de unas pocas salazones de sardina en Galicia y á un cabotaje ó navegación costanera de cortísimo lucro. Esto es el verdadero barómetro de lo que una nación puede armar,

¹ Lo subrayado está confuso en el original.



y así ha visto V. M. en todos los preparativos para una guerra, á pesar de los millares de hombres que figuraban en las listas de matrícula, que desde el principio ha sido menester arrastrar con cuanto había para los primeros 30 ó 40 navíos, habiendo examinado yo por mi propio el año 90, en el navío *Conde de Regla*, en que tenía mi insignia de segundo General de la escuadra del mando del Marqués del Socorro, que en toda su tripulación no pasaban de 60 hombres los que habían hecho navegación de alta mar, siendo el resto meros pescadores y sirvientes de barcos costaneros sin ejercicio ni conocimiento alguno de aparejo y faenas de mar, sin destreza aún para tenerse sobre una verga para aferrar un juanete ó tomar un rizo, y, por supuesto, menos para montar á los altos en una maniobra de noche; siguiéndose á la primer barredura indicada de las matrículas, no restar para reemplazos tan indispensables al año inmediato, aun acudiendo al medio de echar mano de los no absolutamente inhábiles, y buscar terrestres auxiliares para conservar en algún modo los enseres de la pesca.

Esta regeneración de hombres de mar en las costas es la primer obra grande necesaria para la Marina. Los reglamentos de V. M. en ésta no pueden alcanzar el aumento de la navegación de alta mar, que proviene de los frutos exportables, fábricas y demás industrias activas de la nación. Pero por lo mismo que estos elementos deben considerarse lejanos, en razón de la urgencia de los objetos de la Marina, son tanto más precisas las instituciones de pesca, con abolición de todo privilegio que contrarie la industria del marineró, las del cabotaje ventajoso, respecto á los extranjeros, y otras que le den más y más ocupación honrosa, como es posible, para acrecer su número.

Á la par, con este grande objeto de la Marina, la decadencia del cuerpo de oficiales de la Armada, de las tropas de infantería y artillería, la de pilotos, la de maestranzas, la de montes, el gobierno de cada una de estas cosas, los transportes de cuanto se emplea en los arsenales, la economía de éstos, y tantas otras cosas, todo pide las más serias y penosas tareas, ó para restituirse al punto en que llenaban su fin, ó para ponerse en él.

En una palabra, señor, V. M. tiene que casi rehacer la Marina al compás mismo en que quiera darla la fuerza de que la necesita su vasta monarquía: esto es, que no podrá V. M. dársela sino reformando los vicios que pueden haberse deslizado en las partes, ó mejorándolas con la revisión y enmiendas oportunas de sus instituciones.

Esta empresa no puede serlo del Ministerio superior de la Marina ó Secretaría de su despacho universal, cuyo cúmulo de atenciones ejecutivas no da tiempo y lugar á la meditación que pide cada una de tan diferentes



materias para trazarla cumplidamente; siendo posible, á lo más, el que abrace alguna particular: y todo reglamento suelto, aislado en la Marina, es un mal, por faltarle la concordancia que muy luego reconoce necesaria con tantas al instituir cada una de ellas.

Sólo la Dirección general de la Armada es la capaz de desempeñar una obra de semejante y tan indispensable unidad, empleando á la vez los sujetos á propósito en quienes dividir las, y examinando y rellenando los trabajos con las formas de seguridad facilitadas por la Ordenanza á las obligaciones de aquel cargo. La Armada de V. M. no tiene Dirección general desde tres años á esta parte, que corre unida á la Secretaría del Despacho universal. Son incompatibles en una persona las funciones de Director general y de Secretario del Despacho; pero aun cuando no lo fueran, no es dado á las fuerzas de un hombre el llevarlas. Tal vez por la experiencia de esta imposibilidad se estuvo casi á punto, á lo que entendí á su tiempo, de proponer á V. M. la supresión de la Dirección general. Ciertamente hubiera sido destruir la Armada. No hay más que leer la Ordenanza de V. M. en el título del Director general, para convencerse de esta verdad. Allí se ve un cargo que, sin trabar un ápice las funciones de los Capitanes generales de departamentos y Comandantes de escuadra en acción y jurisdicción, tiene prefijada su superioridad en los de gobernación, uniformidad de la forma y unidad de servicio mandando y dirigiendo y es un regulador del orden, de la inviolabilidad del sistema y del desempeño de éstos, y como el remate que les da el movimiento, haciéndoles obrar como miembros de un cuerpo, sin confundir sus acciones ni permitir que otro las confunda. El ejército no puede tener igual empleo por la dispersión de sus atenciones y aun por la naturaleza de ellas. Es singularidad de la Marina, proporcionada por su reunión en pocos puntos capitales y exigida por la complicación misma de la enormidad de los medios en que, si faltare un centro de unidad, la Marina de un departamento no se parecería á la del otro, y como han de unirse para obrar, es menester que sean una misma. Consiguientemente, la Marina en las instituciones de gobernación y economía es capaz de todo el grado de perfección á que alcance la prudencia y el saber del hombre, y debe ser la máquina más bien montada de una monarquía.

Pero el Director general no debe residir en Madrid, sino en un departamento. Léanse las funciones que V. M. le tiene encomendadas, y ellas dicen que el sistema de unidad con que V. M. establece la gobernación de la Armada naval, concentrándola en la Dirección general, exige que tenga á su inmediatez al Mayor general de ella, á los jefes de todos sus cuerpos particulares, especialmente elegidos á su propuesta por V. M.



para que examinen y dictaminen los negocios y los pongan en el modo conveniente con su distancia á su resolución ó para consulta, según su naturaleza, y que estén á su vista todas las instituciones primordiales de instrucción, adelantamiento y servicio de la Marina sin excepción; como igualmente el que por sí mismo converse con el capitán que entra ó sale, trate frecuentemente de los sucesos de mar conozca personalmente al mayor número posible de oficiales, y que, finalmente, le suene en los oídos la campana de las olas de la playa, porque este oficio de la Marina, fuera de ella, se borra fácilmente de la memoria y aun de la voluntad á corto tiempo, y mucho más en la edad natural de llegar á semejante dignidad. Y es consiguiente que, como por lo pasado, le sea inherente el cargo de Capitán general del departamento de su residencia. Pero para que pueda atender á las varias obligaciones de Director general hacia toda la Armada, con el alivio de que hubiere menester en los de Capitán general del departamento, sería conveniente instituir para esto un nuevo empleo que se denominare Teniente-Capitán general, para que despachase todas las dependencias del servicio ordinario con igual voz que los Capitanes generales de los otros departamentos, aunque con subordinación inmediata al Director general, nombrando V. M. para dicho ejercicio al oficial general que fuere de su real agrado, sin título especial de permanencia, sólo por resolución gobernadora, en cuya virtud gozase el sueldo de empleado de su carácter, mientras estuviese en el cargo, reemplazándole, en caso de embarco ó de ausencia con su real licencia, de modo que nunca sea ejercido de interinidad, sino de propiedad de Teniente general de departamento en el último nombrado, haciendo el Director general á V. M. la propuesta para la nominación.

Alguna vez que he indicado este pensamiento mío en conversación con varios oficiales, me han opuesto que lejos de la Corte el Director general era grave el riesgo de que el Ministerio contrariase las ideas y propuestas, á que respondo que el ministro celoso, para dar cuenta á V. M., debe siempre hacer examen juicioso de ellas, y si no las hallase en todo conformes á buen servicio, es de su obligación manifestar á V. M. sus reflexiones para la decisión de su agrado, pues que el Director general puede errar, como todo hombre á pesar de su buen deseo, y en negocios de tanta entidad no deben regir los temores de contradicciones, sino los principios en que estriba el bien, siendo una verdad incontestable que el Director general puede serlo sin el auxilio que le acuerda la Ordenanza para desempeño de sus funciones en la Junta de experiencias, en el Mayor general y jefes de cuerpos que sólo puede tener en el departamento en que reside, ó sería menester traerlos también á Madrid y hacer venir en muchos



casos á los oficiales. á quienes conviniera consultar ó establecer correspondencia bien molesta para tener sus pareceres: además de que, sustituyendo el empleo de Teniente-Capitán general del departamento de la residencia del Director general, como dejo indicado, queda éste en disposición de recorrer los Departamentos para sus visitas de dirección y venir á la Corte con la frecuencia que importare al bien del servicio de V. M. á darle cuenta personal del estado de su Marina.

Me resta, señor, sobre este punto hacer á V. M. una protesta de mi corazón, que sin duda alguna graduará V. M. conforme á su concepto soberano, de mi veracidad. Y es que cuanto dejo expuesto no me mueve la menor idea de que recaiga en mí el cargo de Director general. Otros generales más dignos tendrá V. M. á quienes confiarlo. Hablé de la cosa y de la materia como lo entiendo en mi honor y conciencia, para el mejor servicio de V. M. y por lo que amo su real persona y me interesa la gloria de las armas navales y el honor y adelantamiento del cuerpo de la Armada, fuera de toda obra ambiciosa que la de aprovechar, libre de cuidados, en el negocio que importa á una eternidad, los cortos ratos de una vida empleada sin interrupción, con cuanto ha cabido en sus facultades, en las obligaciones de vasallo fiel de V. M., en el ejercicio en que me puso mi suerte ó mi vocación, tan honrada con las constantes demostraciones de aprecio y benevolencia de la bondad de V. M. y de su augusto padre.

Y en cuanto á que gobernación y administración de la Marina corran juntas en un solo despacho universal, me refiero á lo que tengo representado especialmente á V. M. sobre esta materia, tan digna de su real consideración.

Reciba V. M., señor, la expresión que dejo hecha, como producida de un celo verdadero en bien de su real familia, y por la gloria de V. M., cuya importante vida guarde Dios los años que la monarquía necesite.

Aranjuez, 10 de Mayo de 1801.—Señor.—*José de Mazarredo.*

Original en poder de D. Antonio de Mazarredo y Allendesalazar, en Zaragoza.— Copia enviada por él mismo á la Real Academia de la Historia.

NÚMERO 2.

Juicios del combate de Algeciras.

La *Historia del Consulado y del Imperio*, escrita en Francia por monsieur Thiers, produjo indignación entre los españoles, considerado, aparte de la inexactitud y de la pasión del autor, el menosprecio con que trataba á una nación sacrificada á la alianza con la suya. Protestó el primero don



Antonio Alcalá Galiano, traductor del libro al castellano, á fin de que llevara la ofensa aparejado el correctivo, y escritores militares fueron sucesivamente refutando las especies erróneas, entre las que lo ocurrido en Algeciras entraba. No obstante, continuaron acreditadas en Francia las apreciaciones de Mr. Thiers, y extremándolas Mr. Leon Guérin en su *Histoire maritime de France* (1851), con aquel tono magistral peculiar suyo, quiso fundarlas declarando que el almirante Linois hizo elogio de los españoles en los documentos oficiales publicados en el *Moniteur*, guardando las conveniencias; pero que en las cartas particulares ó confidenciales dirigidas al Ministro de Marina decía: «Creo político en estos momentos disimular la indignación y la desconfianza que me inspira el proceder de los españoles desde mi llegada á este surgidero; haré más, cuando haya reunido los documentos necesarios para redactar el parte oficial del combate, elogiaré á nuestros aliados por la manera en que nos han secundado; pero ello es, ciudadano Ministro, que hacía treinta horas que estaba en Algeciras cuando fuí atacado; que se me había dicho que las baterías estaban en perfecto estado, y que así me pareció al visitarlas, pero el caso es que no tenían una sola bomba cargada; que á una de las baterías faltaba la pólvora, que otra la tenía mojada, y que estaba encargada la milicia de un servicio tan importante para nosotros; de modo que, á no ir á tierra el general Devaux, tales baterías no nos hubieran servido de nada»¹.

Sobre extensa base levantó Mr. Guérin el edificio ditirámico de su narración, enderezada á ensalzar el mérito y la gloria inmensa de Linois, porque jamás se vió cosa parecida: seis navíos derrotados por tres. En cuanto á las baterías de tierra, cuando el navío inglés *Pompée* se convenció de que no podía doblar la línea enemiga, trató de apoderarse de los cañones de la isla Verde, que no habían quemado un cebo todavía y parecían abandonados por los milicianos españoles encargados de su manejo; ya estaban los botes en el agua para tomar la posesión, cuando el comandante de la fragata *Muirón* se les adelantó, enviando á dos guardias marinas con 130 soldados á las órdenes del capitán Balancourt, y como en la batería española no había pólvora ni nada de lo necesario para el servicio de la artillería, el comandante de la referida fragata y el del navío *Desaix* enviaron cabos de cañón, atacadores, cartuchos, con lo que empezó el fuego, haciendo considerable daño al enemigo; echó á fondo á uno de los botes, lleno de gente; abrasó á otro, descargó, sobre todo, sobre el *Pompée*

¹ «A l'une des batteries, il manquait de la poudre; à l'autre, la poudre était mouillée. Des troupes de milices étaient seules chargées de ce service important pour nous, et si le général Devaux ne se fût pas transporté à terre, ces batteries ne nous eussent peut-être été d'aucun service.» Tomo VI, pág. 522.



de modo que tuvo que arriar la bandera, sólo que, viendo llegar en su auxilio embarcaciones de Gibraltar que le remolcaran, la izó de nuevo, y el comandante salvó, si no la honra, por lo menos el barco. En la izquierda, ó Norte, no estando mejor servida la batería de Santiago, se precipitó á ocuparla el general Devaux con tropa que pidió al *Desaix*, y al momento hizo importante servicio contra el *Hannibal*, navío del segundo jefe de la escuadra británica, obligado á rendirse, con la bajeza, por parte del comodoro Ferris, de huir en la canoa abandonando á su gente.

La relación está en carácter. Monsieur Guérin no hace mención de las lanchas cañoneras, porque fuera difícil persuadir de que las habían tripulado franceses; lo que importaba era propalar que ellos solos alcanzaron el triunfo, y siendo notorio que las baterías de la isla Verde y de Santiago destruyeron á los dos navíos ingleses, hacer entender que franceses las manejaron, como si fuera verosímil que plaza de guerra fronteriza de Gibraltar, y que servía de apostadero á las fuerzas sutiles, estuviera abandonada hasta el punto de no tener artilleros, ni balas, ni pólvora; como si fuera fácil que en el fragor del combate con fuerza superior se entretuvieran los comandantes de Mr. Linois en embarcar atacadores y lanadas, y quisieran desprenderse de los brazos que para sí mismos necesitaban; y, en fin, como si no existieran autoridades españolas celosas de su jurisdicción. Ni en los partes oficiales, ni en las relaciones de particulares, que no escasean, se dice una palabra de semejante intrusión, negada, por consiguiente, por cuantos escritores pertenecen á la nación cuya alianza de esta manera era agradecida. Cuenta el general Gómez de Arteche al llegar á este punto ¹:

«Aquí empiezan las fantasías de Thiers sobre el combate de Algeciras. De esas baterías dice que no eran de gran socorro, por efecto de la negligencia española, que tenía todas las de la costa sin artilleros ni municiones. Esto no puede ser cierto hallándonos en guerra con los ingleses y en punto como Algeciras, tan expuesto, por su proximidad, á las agresiones que no dejarían de intentarse desde Gibraltar si no lo veían en disposición y estado de defensa. A tal extremo lleva sus exageraciones el célebre historiador en ese camino, que añade en su versión que, viendo el poco efecto de la batería de Santiago, hizo desembarcar artilleros del *Formidable* para que fuera más rápido y efectivo su fuego. Tenemos á la mano los partes detallados de todas las autoridades marítimas y terrestres de Algeciras, varias relaciones inéditas del suceso y la del ingenuo Sr. Olavide, cuya crónica del combate del cabo de San Vicente hemos hecho conocer

¹ *Historia de Carlos IV*, t. II, pág. 315.



á nuestros lectores, y en ninguno de tan importantes documentos se conmemora tal circunstancia. Hay más: en el parte publicado por la *Gaceta de Madrid* se dice que esas baterías fueron las que decidieron el suceso, y que á la de Santiago se debió el apresamiento del navío inglés *Hannibal*. ¡Dar sus artilleros para las baterías! Para las de su navío los querría en combate tan desigual y en circunstancias tan apuradas.»

La continuación de ocurrencias referida por Mr. Guérin no es menos instructiva. Linois reclamaba socorros con urgencia, pero en Cádiz no se movían, á pesar de las gestiones del contraalmirante Dumanoir, y eso no por culpa del bravo y hábil Mazarredo, uno de los marineros consumados de Europa ¹; el retraso procedía de la lentitud proverbial del Gabinete de Madrid, de las continuas órdenes y contraórdenes que no daban suficiente latitud á los encargados de ejecutarlas, y por mayor mal para la situación de Linois, el mando de la escuadra de Cádiz, con la que había de reunirse, se confió á un anciano que había tenido mérito, sin duda, y que todavía se había manejado bien en la defensa de Ferrol; pero un anciano al fin, cuyas fuerzas, sino el valor, desfallecían, como generalmente sucede á su edad ².

Recuérdese que el combate de Algeciras se riñó el 6 de Julio; que el 8 salió de Cádiz la escuadra de Moreno, fondeando al día siguiente al lado de los navíos de Linois, y que hasta el 12 no se pusieron éstos á la vela; datos preciosos con los que no costará trabajo determinar á quién debe achacarse el retraso que harto luto trajo á los españoles por servir á sus amigos.

No me parece que merezcan consideración los cargos hechos sin fundamento ni verdad acerca del uso de bala roja. Los escritores de Francia los hicieron á sus enemigos, insinuando que quizá al efecto de estos proyectiles era debida la catástrofe de los navíos españoles. Negáronlo los britanos, asegurando que sobre sus naves fué contra los que las baterías de Algeciras lanzaron proyectiles enrojecidos y bombas y granadas; y como los franceses dijeron que estando por completo desprovistas ellos las sirvieron, para responder se veían en la disyuntiva de declarar, ó que con las *lanadas* y otros efectos llevaron los hornillos, ó que no hubo tales balas incendiarias más que en la imaginación.

¹ «L'un des marins les plus consommés de l'Europe.» En esta nota explica: «Cette opinion était celle que manifestait Trogoff, des 1793 dans sa correspondance avec Dalbarade..... C'est un grand regret pour l'amiral que M. Thiers ait traité avec tant de légèreté un marin du talent et de l'importance de Mazarredo.»

² «Les éloges que lui donna ensuite Linois peuvent done être considérés comme des égards dus à l'âge et à de nobles et anciens services, sans qu'il soit même besoin de tenir compte de la nécessité politique qui lui était imposée de ménager les alliés dans ses rapports rendus publics.»